



LA PAZ TAMBIÉN TIENE ROSTRO DE MUJER



TEXTO Y FOTO:
**CENTRO DE
PROMOCIÓN Y
CULTURA (CPC)**



De mujer campesina y víctima de violencia a lideresa popular, la historia de María de Jesús Cárdenas revela cómo las organizaciones sociales transforman vidas y construyen paz desde los territorios.

María de Jesús nació en una familia campesina de Boyacá. Creció entre las montañas y los oficios del campo, en un hogar atravesado por el machismo y la sumisión. Allí aprendió las primeras lecciones que marcarían su vida: que las mujeres debían obedecer, cuidar y permanecer. Décadas después comprendería que esas eran precisamente las ideas que tenía que desaprender.

Hace cincuenta años llegó a Bogotá buscando una mejor calidad de vida. Terminó el bachillerato, empezó a trabajar y formó una familia. Tuvo una hija y, años después, dos hijos más. Pero sus relaciones de pareja estuvieron marcadas por la violencia.

La violencia no era solo un golpe. Era el control permanente de su vida. No podía salir sola ni asistir a reuniones familiares. Apenas iba al mercado y regresaba rápidamente a la casa. Cuando consiguió trabajo, su compañero fue hasta la empresa y logró que la despidieran. Necesitaba tenerla cerca, vigilada y dependiente.

No puede haber paz en un país que sigue exigiéndoles a las mujeres que aguanten el maltrato en silencio.

También estaban las voces de otras mujeres: la madre, la abuela, las vecinas, que repetían una idea heredada duran-

te generaciones: “Si usted decidió ser la esposa de fulano, le toca aguantarse”. Aguantar las infidelidades, los gritos y el maltrato. Como si la vida de las mujeres hubiera sido diseñada únicamente para resistir el dolor.

Pero algo dentro de María de Jesús se resistía.

Cuando llegó al barrio El Amparo y logró construir una vivienda junto a su familia, conoció a la Corporación Centro de Promoción y Cultura (CPC). Asistía a los núcleos de mujeres porque necesitaba un lugar donde conversar y ser escuchada.

Allí descubrió algo que la violencia le había ocultado durante años: sabía liderar. Podía convocar personas y estar al frente de un grupo. Recordó entonces a su padre, un reconocido líder de la vereda donde

creció en Boyacá. Aquellas capacidades nunca habían desaparecido; simplemente habían permanecido enterradas bajo años de silencios y miedo.

Poco a poco asumió pequeñas responsabilidades dentro de la organización. Su compañero empezó a darse cuenta de que estaba cambiando y que ya no sería tan fácil mantenerla sometida.

Las organizaciones sociales de mujeres son el lugar donde estas descubren que no están solas y que es posible construir otras formas de vida.

Salir de la violencia no ocurrió de un día para otro. Hubo intentos fallidos. Se fue y regresó por las dificultades económicas al tener hijos pequeños. Pero las transformaciones ya habían comenzado. Con los primeros talleres sobre derechos, y el apoyo de su hija mayor, tomó la decisión definitiva de separarse.

Empezó entonces otro aprendizaje: el de los derechos, la participación y la política. Hizo diplomados en universidades, estudió derechos humanos y paz, y se preparó para acompañar a otras mujeres que, como ella, llegaban a Bogotá cargando historias de violencia y desarraigo.

Con el tiempo se convirtió en lideresa. Ha sido consejera consultiva por el Derecho a una Vida Libre de Violencia Sociopolítica; participó en escenarios locales y distritales, y continúa siendo una lideresa activa en la localidad de Kennedy.

Pero el cargo nunca fue lo más importante. Lo esencial fue comprender que ser mujer no era únicamente cocinar, lavar y atender a otros. Ser mujer era estudiar, decidir, participar y vivir con dignidad.

Por eso insiste en que las organizaciones sociales abren caminos para que las mujeres se reconozcan, se acompañen y encuentren nuevas posibilidades para sus vidas. Son el lugar donde las mujeres descubren que no están solas, que otras también han sido maltratadas y que es posible construir formas de vida diferentes.

Fue allí donde María de Jesús entendió que la paz no era una palabra reservada para los acuerdos nacionales. La paz también era cotidiana: vivir libre de violencias, recuperar la palabra y encontrarse con otras mujeres para pensar colectivamente cómo habitar el barrio, la ciudad y el país.

En el CPC, la defensa de los derechos de las mujeres y la construcción de paz son inseparables. Cada conversación en confianza, cada espacio de formación y cada ejercicio de participación son una apuesta por desarmar las violencias que se aprenden en las casas y en la sociedad.

Quizás por eso María de Jesús habla de la organización con la certeza de quien

ha visto lo que ocurre cuando las personas encuentran un lugar donde son escuchadas y acompañadas. En esos espacios muchas mujeres dejan de enfrentar solas la violencia, construyen vínculos con otras y poco a poco recuperan la confianza para participar, organizarse y tomar decisiones sobre sus propias vidas.

La mujer que alguna vez salió a escondidas de su casa para encontrarse con otras mujeres terminó dedicando su vida a abrir esa misma puerta para muchas más. Ella sabe, por experiencia propia, que la paz también tiene rostro de mujer y que, muchas veces, comienza en una pequeña reunión comunitaria donde alguien, por primera vez, se siente libre, descubre que no está sola y entiende que su vida también puede transformar la de otras. Ese es, quizá, el poder más profundo de las organizaciones sociales: hacer posible que las personas vuelvan a encontrarse, a creer en la vida colectiva y a construir paz desde el territorio. **FM**

Entre cuidados y confianza, las mujeres tejen paz hoy.

